



CAPÍTULO XI

Roma (280 á 241).—Pirro.—Sicilia.—La primera guerra púnica.—Segunda guerra púnica.—Anibal.

Hasta aquí Roma, esta ciudad de la guerra, no ha conocido más que una doble lucha, contenida en estrechos límites. Había habido oposición en el recinto de sus murallas, entre los patricios, los hombres de exclusion, la casta privilegiada y la plebe, que morando en la ciudad quiso ser contada en el número de los ciudadanos. En este momento la plebe ha conseguido este objeto, si bien no ha obtenido la igualdad entre las autoridades patricias y las plebeyas. Las dos pueden igualmente rodearse de doce lictores consulares ó tambien de los veinticuatro fasces de la dictadura. La plebe obtuvo tambien esta gran señal de poder: el plebiscito, en el cual intervienen todos los ciudadanos, pero en donde dominan las cabezas y no las capacidades, es reconocido como ley del Estado, del mismo modo que los comicios curiados ó centuriados.

La otra lucha ha tenido lugar en el interior de Italia, entre la legion romana y todas las resistencias militares. Oscos y etruscos han sucumbido; el águila no ha enervado aún su terrible garra contra la larga espada de los galos; despues, escapada á la ruda mano del brenno, quien ha tratado de ahogarla, ha abatido el último esfuerzo del montañes samnita y destrozado en mil girones la independencia itálica.

Ahora la doble querella adquiere mayores proporciones. La Italia meridional ó la Italia griega, conquistada á medias, llama en su auxilio á los griegos, y con Pirro, los romanos combaten nuevos enemigos. Bien pronto dispu-

tarán el dominio del mar á Cartago; destruida Cartago, encadenarán el mundo al carro de sus trofeos.

Pero entre tanto los vencidos reclamarán sucesivamente el nombre y el derecho de plebeyos; y despues de haber suministrado sus fuerzas á los romanos, podrán amenazar con retirarse, como lo hizo el pueblo al monte Aventino. Así los latinos, duramente rechazados la primera vez, harán oír de nuevo su voz, y no será permitido despreciarla.

Viene desde luégo la reduccion de la Grande Grecia. Cumas y Nápoles son sometidas; las demas ciudades esperan el mismo yugo. La más importante, Tarento, colonia lacedemónica, no habia conservado más que Síbaris las costumbres de Esparta. Provocó por tanto la cólera de su peligrosa enemiga. Mató á traicion la tripulacion de una galera romana, y entregó al pillaje á Turi. La toga de uno de los embajadores que pedian reparacion, fué innoblemente manchada por un histrion tarentino; era necesario que Roma vengase la afrenta en sangre» (1).

Entónces Tarento tembló, y hubiera aceptado de buen grado el protectorado soberano de algun nuevo Dionisio de Siracusa.

De 338 á 323, se habia visto á un epirota, un Alejandro, descender al Occidente sobre las costas meridionales de Italia, miéntras que el Oriente se encontraba aterrorizado ante otro

(1) Plutarco, *Vida de Pirro*.

Alejandro. Tarento llamó al hijo del epirota, Pirro, el éacida, descendiente de Aquiles, que habia engrandecido los campos macedónicos. Meton, hombre embriagado, que se presentaba sobre el Agora teniendo en la cabeza una corona de flores marchitas, llevando una antorcha y precedido de un hábil flautista, simbolizaba la locura y representaba muy bien el porvenir. Dijo que se hiciese llamar un jefe; pero más valia aquél que un procónsul romano. El belicoso Pirro, el *águila del Epiro*, no dudaba obtener un éxito fácil contra los bárbaros de Italia (280).

Su lugarteniente, el orador Cineas, desembarcó el primero. Despues llegó el rey, que sacudiendo la molicie tarentina, cerraba los teatros y los baños, y queria soldados y no farsantes. En efecto, no veia acudir los trescientos cincuenta mil infantes y los veinte mil caballos que se le habian prometido; lucanios y samnitas esperaban prudentemente. Venció sin ellos, gracias á sus elefantes, á Levinio en Heraclea, y diga lo que quiera Fabricio, no venció á Levinio solamente, sino que con él venció á los romanos. Admiró el orden de batalla de los vencidos; les hizo justicia, y vió con extrañeza que todos sus muertos estaban heridos en el pecho.

Miéntras que Roma por la primera vez rescataba sus prisioneros, Pirro marchaba tambien sobre la ciudad; pero no ambicionaba más que el papel de mediador. Cineas, admitido en el senado, se maravilló, y vió en él *una asamblea de reyes* (1). El rey de Epiro queria entrar en negociaciones, pero el anciano y ciego Apio Claudio puso esta primera condicion: «Ante todo, que salga de Italia.» Este orgullo decidió á los romanos á hacerse batir por segunda vez en la Pulia (279). Por tanto, es necesario reconocerlo con Pirro: «Una victoria más, y el orgullo de Roma quedaba por el suelo.» Los reclutas samnitas no llenaban los huecos, los auxiliares murmuraban. El senador plebeyo Fabricio habia adquirido mucho honor rehu-

(1) Cineas añadia: «Combatir con ellos, es combatir la hidra; su número es infinito, como su valor.»

sando acudir á un infame envenenamiento (1). El rey de Epiro, deseando alejarse, vacilaba entre someter á Roma, á Macedonia, ó á Sicilia. Dividida ésta entre algunas ciudades independientes, el territorio conquistado por Cartago y los bandidos mamertinos, llamó al griego, y él, sin pensar que se arrojaba entre Roma y Cartago, se decidió por esta isla. Dejando guarnicion en Tarento, abandonó á Italia. Pero Agrigento, Siracusa, Leontium, se admiraron de la dura disciplina á que les sometia el libertador; cuando la suerte de las armas se inclinó hácia los cartagineses, desistió de su propósito.

Los samnitas, á pesar de su guerra de montaña, eran sometidos; Tarento le llamó. Quiso volver; pero no pudo; al partir de Sicilia exclamó: «¡Qué hermoso campo de batalla dejo para los cartagineses y los romanos!»

Cartago, en efecto, dominaba entónces sobre todos los países que limitan el Mediterráneo al Occidente, hasta Sicilia; Roma la miraba con inquietud. Era necesario, ante todo, que Pirro desapareciese de la liza; las dos potencias contribuyeron á su ruina, cada una en su elemento. En la corta travesía de la Trinacria á la Grande Grecia, los cartagineses dispersaron su flota. Una nube de soldados mamertinos, desembarcados de la isla en su persecucion, ó quizá saliendo de Reges, se dispó ante su espada; estrechado por uno de ellos, de una estatura gigantesca, se vuelve, y de un golpe le divide la cabeza y el pecho. Pero los romanos, alistados bajo la pena de ser vendidos, se batieron intrépidamente en Benevento contra la falange y contra los elefantes (275). El rey de Epiro se retiró completamente y dejó caer á Tarento, Locres y Crotona al Sud; los umbríos al Norte eran igualmente sometidos. Se castigó tambien á los soldados revoltosos de Reges; desde el mar al rio Pó, toda la Italia no fué más que una conquista. En el triunfo con que fué conducido Curio Dentato, se vieron las artes de Grecia y los elefantes de Oriente; el espectáculo parecia extraño en la ciudad de Rómulo. Los romanos habian tomado tambien otra cosa á Pirro; el plano de su campamento, base principal de la

(1) Plutarco, *Vida de Fabricio*.



estrategia griega. Es notable también que hacia este tiempo admitieron á los samnitas en sus comicios. Ya baten moneda de plata y reciben una embajada de Ptolomeo Filadelfo; por tanto, el acrecentamiento no puede ser más rápido.

Ahora el poder militar de la ciudad italiana y el poder comercial y marítimo de Cartago se tocan y van á medirse. Comienza el gran duelo entre estas dos repúblicas rivales, que reivindicaban el mundo, una por sus legiones, otra por sus naves. Para venir á las manos y luchar más de cerca, ésta desembarcará sus mercenarios y peleará en tierra; aquélla embarcará sus milicias y librará á pié firme batalla sobre las olas.

Sicilia estaba todavía como ántes de Pirro. Solamente Siracusa conserva su independencia bajo Hieron (275). Los cartagineses entraron en las ciudades conquistadas por Pirro; los mamertinos volvieron á comenzar sus piraterías, y son estrechados á la vez por los cartagineses y los siracusanos. Se colocan bajo la protección de Roma, á la cual podían referir su origen: Roma no se avergonzó de defenderles. Hacia este tiempo no asistía á sus primeros combates de gladiadores (269). La conquista romana no se hizo esperar; Apio Caudes, atravesando el Estrecho á favor de la noche, batió á Hieron y á los generales de Cartago. Hieron *no había tenido tiempo de ver á su vencedor*, como él mismo lo dijo. Valerio ganó por sus hazañas el sobrenombre de Mesala; Siracusa, sitiada, no sostuvo largo tiempo la lucha, y se resignó á la neutralidad y á una contribucion que pagó fácilmente en su reposo.

Entonces los romanos ganaron el terreno palmo á palmo. Después de seis meses de sitio, en el cual habían sido diezmados por las enfermedades, y acosados en sus líneas, tomaron á Agrigento.

Ya Roma quería expulsar completamente á los cartagineses de la isla; teniendo por modelo una galera enemiga encallada en la playa, se hizo una marina militar de 120 naves. Es verdad que la habilidad de sus marineros fué en un principio defectuosa. Un Escipion, el primero que aparecía en esta guerra, en que se ilustró toda su familia, se dejó apresar con 17

naves. Pero el *garfo* de Duilio, este puente de clavijas de hierro que inmovilizaba las galeras cartaginesas, reanimó el valor, hasta el estado de vencer (1). Duilio mereció bien por su victoria naval de Miles, y la columna rostral con la inscripcion que subsiste (2), y el derecho de hacerse acompañar de noche con hachones.

Por todas partes adonde llegaba Roma, plantaba su águila invencible; Cerdeña era un punto ventajoso, y en ella colocó guarniciones. Después, reprimiendo en el interior de sus propios muros una sublevacion de esclavos, pensó en mayores cosas. El combate de Lipari enardeció la audacia del cónsul Régulo. Se acordó de que el siciliano Agatocles, desembarcando en África, había puesto en peligro á Cartago; atacada el África, la guerra para esta ciudad mercantil no era más que un simple cálculo. Los mercenarios eran malas tropas de defensa; las pequeñas tribus, envidiosas ó enemigas, se sublevaban. Cartago estaba sin soldados. Los cartagineses conocieron el peligro; pero á pesar de sus hábitos marítimos, la batalla de Ecnoma abrió paso á la flota romana (256). El vencedor, derribando con su primer golpe el único baluarte de la república africana, Aspis ó Clypea, dispersó á los mercenarios, cerca de Ardis. Llevando su campamento delante de Túnez, hacia al sinedrín proposiciones inaceptables, y decia insolentemente *que era necesario saber vencer ó someterse*. Cartago no sabía vencer; pero compró la espada de un lacedemonio, más hábil en este arte, y Jantipo aplastando los romanos en el llano bajo los piés de sus elefantes, condujo cautivo al insolente triunfador. Nada más dudoso que el rendimiento y el cruel suplicio de Régulo; no hay quizá más que una ley ruda en la energía con que se hizo dar libertad; rehusa entrar en Roma; disuade al senado de aceptar el tratado; vuelve al África y espira en ella en un cofre forrado con navajas y agudos clavos; lo que parece más cierto, es que en Roma

(1) Véase la descripción del *rostra* en el comentario de Freinshemio.

(2) Esta inscripcion es el sétimo monumento escrito de la historia romana. Véase á Dumont, *Historia romana*, t. I.



la mujer del prisionero se vengó odiosamente (1).

Este revés no fué, sin embargo, seguido de desaliento. Sin duda la conservacion de Clipea sobre la costa extranjera, y dos victorias romanas no impidieron á los cartagineses volver á entrar en Sicilia y trastornar á Agrigento (255); además, éstos no tuvieron más que dejar á la tempestad el cuidado de destrozar la inexperta flota de sus enemigos. El senado, sin embargo, no atribuyó esta nueva desgracia sino á la introduccion de un plebeyo en el gran pontificado, y aunque renunciase al mar, rehusó la paz. El sitio de Lilibea causó tambien un gran desastre, el de Claudio Pulguer; este cónsul habia hecho arrojar al agua los pollos sagrados, diciendo: «Que beban si no quieren comer.» Esta impiedad habia perdido todo. Un dictador no reparó nunca en nada.

En Cartago predominaba y mandaba la familia casi nómida de los Barca, los únicos que comprendian en esta ciudad que el honor es la vida de un Estado y vale tanto como el oro. El gran Amilcar habia assolado las costas de Italia; colocado en Sicilia, desde su altura entre Trix y Panorma, abarcaba toda la isla, caía á su capricho sobre las legiones, las fatigaba, las exterminaba. El censo en Roma puso de manifiesto una horrorosa disminucion de ciudadanos. Cartago estaba tambien agotada. Pero hubo esta diferencia: que Roma, por un último esfuerzo de las fortunas privadas, dió una nueva flota á Lutacio, y este cónsul dispersó las naves enemigas cerca de las islas Egates. Por el contrario, Cartago no pudo soportar estos reveses. Se obligó á pagar dos mil talentos en diez años, y abandonó la Sicilia disputada.

Amilcar, lleno de cólera por esta paz vergonzosa, no hubiese abandonado su puesto si, como los romanos querian, le hubiera sido necesario pasar bajo el yugo; aseguraba tambien que no permitiría á los romanos lavarse las manos en los mares de Sicilia. Les guardó rencor, sobre todo cuando vió á toda Sicilia, ex-

ceptuando Siracusa, proclamada provincia romana. El tratado limitaba por otra parte la navegacion de los cartagineses. Estos mercaderes no comprendieron que habia allí otra cosa más que una cuestion de interes; era una cuestion de vida y muerte (1) (240).

Evidentemente, esto no era más que una débil suspension en un combate á muerte. Las dos repúblicas debieron prepararse.

Cartago se perdió siempre por su codicia. Rehusa á los mercenarios su sueldo y duplica las contribuciones de las ciudades aliadas. El comerciante Hannon es incapaz de resistir; felizmente Amilcar se encontró allí. Cuando Espendio, el esclavo de Campania, y el africano Mathos reconocieron la generosidad de Amilcar, por el asesinato de un parlamentario y de setecientos cartagineses, este general, con diez mil mercenarios fieles, setenta elefantes y un poco de caballería nacional, envolvió, asesinó á cuarenta mil revoltosos en los desfiladeros de la Hache, y puso en cruz á sus dos jefes (238). Así terminó en África esta guerra sangrienta.

En Cerdeña la rebelion habia ganado terreno; además, soldados cartagineses crucificaron tambien á sus jefes y se pusieron bajo la proteccion romana. Roma se arrepentia ya de no haber roto más pronto la paz; la provincia fué reducida, y fué necesario que Cartago, depojada, pagase mil doscientos talentos por gastos de la conquista. Córcega fué tambien sometida. Para administrar las nuevas conquistas, el número de los pretores fué elevado de dos á cuatro (2).

El templo de Jano fué cerrado; Roma establecia ó renovaba los juegos florales, llamaba á un médico griego, trataba de imponer el matrimonio á los célibes, de reprimir vicios infames (228) y le divertian ménos las primeras piezas de teatro que los combates de gladiadores. Pero al mismo tiempo atacaba á los insubres y á los boyos, y entraba en Iliria, en donde la

(1) Polibio.

(2) Dos quedaron en Roma: el *Prætor urbanus*, para los ciudadanos, el *Prætor peregrinus* para los extranjeros; los otros dos fueron á gobernar, uno la Sicilia, otro á Cerdeña y Córcega.

RÉGULO REGRESA A CARTAGO



Estab. tip. de J. A. Muñoz